

## Capítulo LXIV.

La noche triste.

El cielo aparecía sombrío y amenazador, como si anunciase las desgarradoras escenas que iban á tener lugar.

Los truenos y los relámpagos se sucedían sin interrupción, y una lluvia sofocante caía á torrentes sobre los expedicionarios.

Apesar de lo pavoroso de la noche, muchos de los soldados, dominados por las diferentes pasiones que les agitaban, conversaban, sin preocuparse al parecer por el porvenir que les aguardaba.

El astrólogo Botello cantaba alegremente un romance morisco, y cada estrofa hallaba eco en el corazón de Velazquez de Leon, que se entristecía más y más pensando en Temixpa.

Los ambiciosos soldados que habían atesorado lo que habían podido al concederles permiso para ello Hernan Cortés, formaba mil cálculos de lo que podría valer su presa, y formaban mil proyectos para cuando llegasen á la madre patria.

Uno de los que habían servido á las órdenes de Narvaez, y que se distinguía por la rudeza de su semblante, por lo intransigente que en todas ocasiones se mostraba con sus compañeros, se lamentaba de la estrechez de las mochilas, y la verdad es que apenas podía soportar el paso que llevaba.

Los que conducían el puente que había mandado construir Hernan Cortés, le colocaron sin la menor dificultad en el primer canal que hallaron, y el ejército comenzó á pasar sosegadamente.

Los españoles que habían atravesado el canal oían golpes de remo, que cada vez se hacían más perceptibles.

Desde luego comprendieron que se acercaban algunas piraguas.

Cien y cien alaridos penetrantes anunciaron á los españoles el peligro en que se encontraban, y un relámpago que rasgó en aquel momento las oscuras nubes que pasaban sobre la atmósfera, alumbró el espectáculo de un sinnúmero de canoas cuajadas de gerberos.

Arrojáronse multitud de mejicanos para quitar el puente.

Otros cargaron sobre la vanguardia con un ímpetu asombroso.

Por todas partes llovian flechas y piedras.

Aquella lucha era espantosa.

Los españoles, ante aquel ataque tan rudo, tan imprevisto, tan terrible, apenas acertaban á defenderse.

El puente cedió á los multiplicados esfuerzos de los mejicanos.

Los que estaban en él cayeron al canal, y las sofocados gritos de los que se ahogaban, los imprecaciones de los que morian á los golpes de los chuzos de los mejicanos, formaban un contraste aterrador con los alaridos feroces de sus verdugos.

Respuestos algun tanto los españoles de la primera confusion, pelearon con su acostumbrado valor.

La carnicería se aumentó con la resistencia.

El desórden era espantoso.

Amigos y enemigos, caballos é infantes, jefes y soldados, todos se confundian en el valor del combate, en la embriaguez de la lucha, y se herian á diestro y siniestro.

Uno de los capitanes españoles oye lastimeros ayes que exhala una de las indias que llevaban presas.

En medio de la confusion, se abre paso hácia el sitio de donde parten los ayes, y repartiendo fuertes mandobles á amigos y enemigos, llega al lado de la infeliz mejicana.

—¡Atrás, miserables!—dice á los soldados españoles que la rodeaban.—Guardad vuestro valor para pelear contra los hombres; pero no cometáis la villanía de emplearlo en una mujer indefensa.

—Si supiérais lo que ha hecho esa india, no hablarías de ese modo.

Repito que es indigna vuestra conducta. Ponedla en libertad; que vaya á unirse con sus compañeros: no mancheis vuestra gloria con un asesinato.

Los soldados obedecieron, sin áreverse á contestar; pero la verdad era que la india habia precipitado á algunos de sus compañeros en el canal.

En medio de un grupo de indios cubiertos de sangre, se veia un guerrero español que se defendia desesperadamente con la única arma que le quedaba, con un trozo de lanza rota.

Este valesoso adalid era uno de los que formaban la escolta de Hernan Cortés.

Llamábase Domingo Rondero, y nadie hubiera presumido, al ver sus facciones delicadas y la dulzura de su carácter, que abrigase un corazón tan valiente.

Descargaba terribles golpes á todos lados, y mantenía á sus contrarios á respetuosa distancia.

Habia perdido el yelmo en la refriega, y de su descubierta cabeza corria abundante sangre, bañando su frente y sus mejillas.

Los españoles hicieron gran destrozo en aquella gente desnuda y desordenada.

Muchos de los mejicanos que tripulaban las canoas, con el valor de la desesperacion, treparon sobre la calzada que ocupaba el grueso de los españoles.

Su número era tan inmenso, que apenas podian moverse en el espacio donde se hallaban.

Los españoles los arrojaron al canal, y el número de víctimas fué tan grande, que aseguran historiadores de aquella época que bastaron para cegarle.

Al destrozar el puente los mejicanos, dejaron sin romper una inmensa viga.

Colocáronla convenientemente los españoles, y por ella pasó casi toda la vanguardia.

Por la parte del canal cegada con los cadáveres que arrojaron á él, pasó Hernan Cortés con la mitad de sus ginetes, y ordenado á Juan de Jaramillo que los formase en batalla, volvió á la calzada con los capitanes Gonzalo de Santoval, Cristóbal de Olid, Alonso Dávila, Francisco de Morla y Gonzalo Dominguez.

Entró de nuevo en el combate, animando á los que peleaban tanto con su presencia como con su ejemplo.

Distribuyó sus tropas, reforzando principalmente las avenidas de la calzada, y en la imposibilidad de trasportarla, mandó echar al agua la artillería.

En aquel encuentro perecieron principalmente los que más cargados iban de riquezas.

El peso que llevaban les impedía defenderse; no podían ejecutar las evoluciones con prontitud, y caian en poder de los mejicanos.

Pedro de Alvarado llegó milagrosamente á unirse con Cortés en lo más encarnizado de la lucha.

Habia perdido el caballo, se hallaba perseguido por innumerables indios, y cuando, ya iban á darle alcance, cuando prorumpian en grandes alaridos de alegría, porque veian que se acercaba á un canal que le obligaria á detenerse y caer en sus manos, el va-

leroso Alvarado, apoyando uno de los extremos de la lanza en el suelo, teniéndola cogida del otro, dió ese salto que se llama de la garrocha en medio de la alucinacion de los indios.

La lucha continuaba siendo cada vez más terrible.

Diego de Velazquez, que tantas pruebas de valor habia dado aquel dia, cayó herido mortalmente.

Litzajaya que le espiaba, aprovechando la claridad de un relámpago, acababa de clavar un puñal en su pecho.

Casi al mismo tiempo Catalina, la esposa de Hernan Cortés, salvaba la vida del caudillo de los españoles, cayendo herida en tierra, atravesada por una flecha.

Los mejicanos, impulsados por su fanatismo, cargaban con los cadáveres de los españoles y corrian con ellos á los templos para ofrecerlos á los dioses. Uno de los que cogieron fué el de Juan, el hijo del desventurado Motezuma, y al ver que habian dado muerte al hijo del emperador, se creyeron malditos de los dioses.

La noticia de esta catástrofe cundió con rapidez entre ellos, y desde aquel momento la lucha fue ménos terrible, dando lugar á los españoles á que prosiguieran su marcha.

¿Cómo habian llegado á Méjico Catalina y Litzajaya?

Vamos á satisfacer la curiosidad de nuestros lectores; pero antes asistamos á la conversacion que tuvo Cortés con su esposa momentos despues de salvarle la vida.

## Capítulo LXV.

Donde se dan explicaciones y asiste el lector á una escena patética.

Hernan Cortés acudió á su vez en auxilio del soldado que tan generosamente habia expuesto su vida por salvar la suya, y mandó que inmediatamente fuera trasladado en una camilla.

Terminada la pelea, quiso saber cómo se hallaba de su herida, y al aproximarse creyó ver en su fisonomía algo que le recordaba deberes que habia olvidado.

—No huyas, Cortés,—le dijo con doloroso y solemne acento,—no huyas; no quieras añadir á lo infame de tu proceder la bajeza de la cobardía.

—¿Catalina?—exclamó el caudillo fuertemente conmovido, sin poder explicarse lo que veía, y sin

darse cuenta de cómo aquella infeliz mujer habia llegado hasta allí.

Su esposa clavó en él una penetrante mirada, que apagó la voz en sus labios.

Durante algunos segundos reinó un silencio sepulcral.

Catalina fué la primera que le rompió.

—He venido á buscarte,—le dijo,—para apurar el cáliz del dolor.

Abandonada por tí, sufriendo miserables privaciones en casa de tus padres, tuve que abandonarla, porque un criado insolente, viéndome en la desgracia, se atrevió á insultarme.

Tus padres, que veían en mí una carga insostenible que comprendían que yo no habia de consentir que quedara impune el atrevimiento del criado, para más exasperarme salieron á su defensa, y entonces yo tomé la determinación que sin duda deseaban.

Una noche, con mi hijo en mis brazos, triste, desolada, casi desfallecida por el hambre, abandoné su morada y comencé á caminar á la ventura.

Una horrible tempestad nos sorprendió en el camino.

El aguacero era cada vez más terrible, y los truenos y los relámpagos atemorizaban al endeble niño.

Sola, sin recursos, sin valor para retroceder ni para avanzar, me cobijé en el quicio de una puerta, y allí nos sorprendió el nuevo día.

Nuestro hijo, falto de abrigo y falto de alimento, comenzaba á ser presa de una terrible fiebre.

Yo le veía morir en mis brazos, y mi desesperación era horrible.

Con el valor que infunde el cariño maternal, llamé en la casa en cuya puerta me había guarecido, y por fin hallé socorro.

¡Ah! Nunca pagaré lo bastante á aquellas pobres gentes el inmenso favor que me prestaron.

—Segun eso,—dijo Cortés con impaciente cariño,—¿nuestro hijo vive?

—¡Nuestro hijo ha muerto!

—¡Ah! ¡Maldicion!

—Sí, Hernan, ¡maldicion sobre tí, que en pos de la gloria, de la satisfaccion de tus sueños ambiciosos, te has olvidado de los deberes contraídos! ¡Maldicion para tí, porque tú has sido el que ha asesinado al hijo de mis entrañas!

—¡Oh!—exclamó con horror Hernan Cortés, comprendiendo toda la enormidad de su conducta.

Su esposa prosiguió:

—La casa donde se interesaron por nosotros, donde hallamos un pedazo de pan y un sitio al lado del hogar, era una posada.

Un jóven sacerdote supo nuestra triste situación, y ordenó al posadero que nos facilitase cuanto necesitásemos, comprometiéndose él á abonar el gasto que hiciéramos.

El fué quien facilitó lo necesario para la sepultura de nuestro desgraciado hijo, y posteriormente quien me ofreció recursos para continuar mi viaje.

Las humillaciones que he sufrido, considera los pe-

ligros á que me ha expuesto tu olvido, tu desamor, tu despiadada conducta.

Una idea cruzó por la imaginación de Hernan Cortés.

—¿Y tal vez ese sacerdote,—preguntó á su esposa,—te aconsejaria que vinieses á buscarme y te proporcionaria los medios de alistarte como soldado?

—Sí; me dijo que conocia á una persona que disfrutaba de gran influencia, y que si lograba interesarla en mi favor, podria hacer que cesasen mis sufrimientos.

Entonces me indicó la conveniencia de que emprendiese el viaje, y me ofreció recursos, que yo me negaba á aceptar, porque recordaba era la esposa de un caballero, de un hombre que tal vez seria ya dueño de cuantiosas riquezas,—añadió Catalina con amargura.

Por fin, á fuerza de muchos ruegos, y cediendo á la presión de las circunstancias, acepté unas cuantas doblas en calidad de reintegro, y con el corazón traspasado de dolor, pero ambicionando vengarme, emprendí mi viaje á Sevilla, y pocos dias despues obtuve el permiso para incorporarme en calidad de soldado á la expedición que debia salir para las Indias.

—Me lo habia figurado,—dijo con acento de indignación Hernan Cortés.—Has sido juguete de uno de mis mayores enemigos, del arzobispo de Búrgos, del protector de Pánfilo de Narvaez.

—¿Qué dices?

—El arzobispo de Búrgos, abusando del alto ministerio que le está confiado, de la poderosa influencia que tiene cerca del monarca, ha puesto cuantos obstáculos le ha sugerido su imaginación para dificultar mi venida á estos lejanos países, porque temia eclipsase la gloria de sus protegidos. Nada tiene de extraño que os haya espiado, que haya creído sacar partido de vuestro dolor, presentándose á los ojos de la corte como un libertino; y de ahí la conducta que ha seguido para presentarme á tus ojos como indigno de tu cariño, y quién sabe si hasta habrá apelado á la calumnia, haciéndote creer que yo te habia olvidado por otra mujer.

Hernan Cortés trataba de tranquilizar á Catalina, no sólo por cariño, por deber, sino hasta por compasión.

Veia lo que sufría, sabia que los indios envenenaban las flechas, y aunque la herida que recibió su esposa no era de gran intensidad, un presentimiento le hacia creer que iba á separarse para siempre de ella.

La desgraciada esposa iba presentando cada vez ménos probabilidades de vida.

Sus padecimientos morales agravaban su dolencia, y la conversacion que sostenia con su esposo hacia más y más peligrosa su vida.

—¿Con que es decir,—exclamó,—que negarás que te has olvidado de mí, que sostienes relaciones criminales con otra mujer, con una despreciable india?

—Catalina, tú eres buena, tú eres generosa, tú

me perdonarás, y debo decirte la verdad. Mi ambición, el deseo de gloria, me hicieron separarme de tí, y una vez dado el primer paso en el olvido de mis deberes, debia recorrer toda la senda á que la fatalidad me arrastraba. Lejos de tí, la casualidad puso en mi camino á una mujer que en más de una ocasión me ha salvado la vida.

Conocia nuestro idioma, y comprendiendo yo que podia ser su concurso muy útil para servirnos de intérprete, la llevé á mi lado. Sus candentes miradas, el interés que manifestaba hácia mí, la eficacia con que me complacia aun en las comisiones más delicadas, me hicieron prescindir por un momento de la fé que te habia jurado; pero no me olvidé de tí, porque te amo más que á mi vida, porque no he amado á esa mujer, porque sólo he sentido hácia ella un loco arrebató, que sólo ha servido para hacerme ver la distancia que existia entre una pasión abominable y el cariño de una esposa.

—¿No me engañas, bien mio?—dijo la desgraciada esposa, concentrando en su mirada todo el amor que sentia hácia su esposo.

—No, Catalina; te juro por la gloria de nuestro hijo que te amo con delirio, que te amaré siempre, que jamás mujer alguna poseerá este corazón que es sólo tuyo.

Catalina tendió la mano á su esposo, y al estrecharla en su corazón la cubrió de besos y de lágrimas.

La emoción que le produjo la escena que acababa

de tener lugar, agravó su mal en términos que inspiró serios temores á su esposo.

Llevándose la mano á la frente, oprimiendo sus sienes, agitándose convulsivamente, revelaba los padecimientos de que era víctima, y Hernan Cortés salió precipitadamente en busca de un sacerdote.

El padre fray Bartolomé de Olmedo acudió con la evangélica caridad que le distinguia á prestar los auxilios espirituales á la moribunda.

Un momento despues de su llegada espiró la infeliz, dejando á Hernan Cortés entregado á un inmenso dolor y anonadado por el remordimiento.

Al contemplar el cadáver de su esposa, al recordar la pérdida de su hijo, un completo paroxismo se apoderó de su sér.

El padre Olmedo se apresuró á disponer el entierro de la desgraciada Catalina.

Cuando Cortés volvió en sí, halló á su lado á Marina, que con voz suplicante y entrecortada por los sollozos y las lágrimas:

—Cortés,—le dijo,—lo he oido todo. ¿Cumplirás el juramento que has hecho á tu esposa, abandonarás á esta desgraciada madre?

Hernan Cortés vaciló un instante.

La lucha que sostuvo en su mente fué terrible.

—No,—dijo al fin;—será execrable mi conducta; pero ya no es posible retroceder.

Y fuera de sí, frenético, calenturiento, abandonó la estancia, consagrándose desde aquel momento á

prestar la atencion que de él reclamaban los múltiples deberes que tenia á su cargo.

Dejémosle por un momento, y veamos cómo habian llegado don Lope Barbadillo, Catalina y Litajaya á reunirse con sus compatriotas.